

El primer encuentro de Juan Bosco con José Cafasso aconteció en Murialdo, alrededor de 1830, cuando nuestro Santo tenía quince años y su compatriota era un clérigo de diecinueve años. La escena es conocida. A Juan, que se le proponía como guía en las atracciones de la pequeña fiesta popular, él habría respondido: *«Amigo mío, los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de iglesia: cuanto con más devoción se celebran, tanto más agradables nos resultan nuestros espectáculos. Nuestras novedades son las prácticas de la religión, que son siempre nuevas y por tanto se han de frecuentar con asiduidad. Y sólo espero que se abra la iglesia para poder entrar ... Quien abraza el estado eclesiástico se vende al Señor; y, de cuanto hay en el mundo, nada debe importarle más que lo que puede servir para mayor gloria de Dios y bien de las almas»*¹.

En estas palabras, Don Bosco ve sintetizado «el programa de las acciones de toda la vida» de José Cafasso, un verdadero proyecto de vida sacerdotal (y religiosa), un modelo característico y fecundo: aquello sobre lo cual él mismo había aprendido a forjar la propia existencia y que quiere a su vez proponérselo a nosotros sus discípulos.

1. San José Cafasso maestro de espiritualidad sacerdotal

Una gran amistad le vinculará a Cafasso: será su confidente en los momentos más delicados e inciertos, su confesor y director espiritual. Como colaborador y sucesor del teólogo Guala, José Cafasso fue el alma del Convitto Eclesiástico, un extraordinario formador de pastores y de guías de almas. De él, aprendió Don Bosco a ser y a “hacer de sacerdote”: a las lecciones de teología moral práctica, de homilética y de ascética, se añadía el ejercicio del ministerio en actividades pastorales de frontera.

San José Cafasso se preocupaba esencialmente de fundar y consolidar la estructura interior de los jóvenes sacerdotes a él confiados. Se han conservado muchos documentos que dan testimonio de su empeño formativo; tenemos, además, los abundantes testimonios dados por sus antiguos alumnos, para el proceso de beatificación. Entre todo este material, escogemos los textos autógrafos de los ejercicios predicados a los jóvenes sacerdotes residentes en el Convitto y el testimonio dado por el mismo Don Bosco con ocasión de la conmemoración fúnebre de su maestro y amigo: nos parecen muy adecuados para captar los rasgos importantes del modelo sacerdotal cafassiano y para comprender y reconstruir los dinamismos espirituales profundos de la personalidad sacerdotal de nuestro fundador, sus ideales y sus anhelos².

La predicación de Cafasso a los sacerdotes trataba casi exclusivamente sobre la identidad y las exigencias de su ministerio. Él los invitaba a tener ideas claras sobre la propia identidad y misión, a estimarla mucho, pero también a ser conscientes de la propia debilidad. Los sacerdotes, decía, son hombres como los demás, *«sujetos igualmente a equivocarse, a fallar, a resbalar, a caer; alerta, por tanto, atentos sobre nosotros ... El eclesiástico que sabe y vive prácticamente persuadido de ser un hombre como otro cualquiera ... refrena sus sentidos, controla la gula, custodia los ojos, evita las personas y los lugares de disipación, de peligro; hace uso de lo único que puede hacerle vencedor en las pruebas y en los peligros: la oración y la fuga. Y suerte para él, porque bastaría que por un momento solo se olvidara de que es hombre para encontrarse perdido»*³.

¹ G. Bosco, *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*. Introducción y notas de A. da Silva Ferreira, Roma 1992, I, 502-514.

² G. Cafasso, *Opere complete*. III: *Meditazioni per esercizi spirituali al clero*, Torino 1925 (= OC III); IV: *Istruzioni per esercizi spirituali al clero*, Torino 1925 (= OC IV).

³ OC IV, pp. 10-12.

Según Cafasso, el único modelo del sacerdote es Jesucristo: *«No creáis que la imitación de este Ejemplar Divino sea sólo una pía sugerencia, cuestión de consejo: no, aquí se trata de verdadera obligación. Si todo cristiano está obligado a imitar al divino Redentor, a conformarse según sus máximas y según su espíritu, tanto más obligados estamos nosotros los eclesiásticos... Por tanto, quiere decir que debemos reproducir, tener en nosotros el espíritu de Jesucristo..., los mismos sentimientos, los mismos pensamientos, el mismo fin;... hacer conformes a Él nuestro corazón y nuestro espíritu... Agarrémonos a este Crucifijo, y después, mirándole fijamente, digámonos a nosotros mismos: - Si yo no formo una sola cosa con este Señor, si mis pensamientos, mis afectos, las obras mías no son como las de este divino Redentor, debo desengañarme: tendré el nombre, el título, el carácter de sacerdote: pero en realidad no lo soy; seré sacerdote, sí, pero desunido, separado del principio que me debe animar; sacerdote, pero copia deformada, degenerada de mi tipo y de mi modelo»*⁴.

Para convertirse en sacerdotes imitadores de Cristo, es indispensable un itinerario ascético exigente. Una ascesis que está orientada esencialmente a hacer al sacerdote apto para los sacrificios requeridos por el ministerio: *«El buen sacerdote debe estar disponible pronto a todas horas: de día, de noche, por la mañana temprano, a hora tardía, aunque ya esté cansado: no hay un tiempo que se pueda exceptuar. Sacrificios por toda clase de personas: fastidiosas, groseras, rudas, descorteses, incluso enemigas y adversarias. Sacrificios, en fin, para toda clase de servicio espiritual ...»*⁵.

Para formarse como buenos sacerdotes es, por tanto, indispensable formarse una clara, sincera y decidida voluntad de lograrlo. Sobre este punto de nuestra santificación - afirmaba D. Cafasso - *«nos debemos convencer de que no basta un vago deseo, ni sólo los buenos propósitos: no se pueden mantener caminos de en medio: o somos verdaderos eclesiásticos, y entonces seremos notablemente buenos; o no lo somos, y, en este caso, por desgracia, también nosotros seremos grandemente malos. Lo repito, no podemos mantenernos siendo mediocres»*⁶.

2. Jesús, único modelo del pastor

Ante todo, D. Cafasso propone a los sacerdotes la imitación de la pobreza de Jesús en Belén. La condición y la misión del sacerdote, en efecto, requieren desprendimiento de los bienes terrenos y de las comodidades, capacidad de adaptación, espíritu de sacrificio, resistencia en las privaciones y en el sufrimiento.

Contemplando a Jesús niño, aprendemos la pobreza real, que consiste en aceptar serenamente de la mano de Dios todas aquellas penas de cuerpo y de espíritu que Él quiera permitir; en no dejarnos frenar en el ministerio por el temor de encontrar padecimientos y tribulaciones; en habituarnos a practicar voluntariamente, a lo largo de la jornada, algunos rasgos de abnegación para reforzar el espíritu. Jesús, en Belén, es también modelo de humildad, de desprendimiento de sí: *«Recemos, estudiemos, trabajemos, pues: pero todo esto no valdrá absolutamente nada si no somos humildes. Aunque fuésemos castos, y caritativos, si también es posible, pacientes, celosos: sin humildad, todo esto es como una casa alta, de buena apariencia, resplandeciente, embellecida, pero que no está cimentada, y por eso mismo pronto estará en ruinas... El Señor nunca se servirá de aquel sacerdote que, persuadido de ser algo, hace depender, si no en todo al menos en parte, el fruto de su ministerio de sí mismo, de su ciencia, de su habilidad, de sus maneras, y así por el estilo»*⁷.

El Jesús de Nazaret, además, es modelo de vida retirada y laboriosa. Él se ha preparado a su apostolado en el retiro y en el silencio de una pequeña ciudad, de una pobre casa, de un humilde oficio. Por un largo período de más de treinta años - como dice el Evangelio - crecía en sabiduría,

⁴ OC III, pp. 203-204.

⁵ OC IV, pp. 33-34.

⁶ OC IV, pp. 44-46.

⁷ OC III, pp. 213-214.

en amor y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52). D. Cafasso saca de aquí una importante lección para el sacerdote deseoso de vivir según el espíritu de su estado y de producir frutos en el ministerio: es decir, la necesidad de *«retirarse, estar lejos de los rumores y disipaciones del mundo... Separación de corazón con el desprecio de sus locuras; separación de cuerpo, en cuanto le es posible, con el retiro, con la soledad. Nosotros hemos sido separados del mundo para ser todos del Señor»*⁸.

Así entendido, el retiro le confiere al sacerdote una impronta externa e interior inconfundible de delicadeza, profundidad y eficacia, cuando está impregnado de «espíritu interior»: una expresión que, en el lenguaje de D. Cafasso, significaba el espíritu de quien *«no actúa ocasionalmente o por fines humanos, sino por la gloria de Dios; espíritu que no se preocupa de hacer mucho, sino de hacerlo bien; espíritu que no juzga las cosas por las apariencias, sino sólo por la substancia, y que por eso mismo considera vanidad sin substancia todo lo que no es para gloria de su Señor; espíritu, en fin, que, por norma, por guía, por premio, no mira a otro ser que a Dios»*⁹.

Pero el retiro del sacerdote debe ser un «retiro ocupado», como el de Jesús en Nazaret: ocupación asidua y constante, adecuada y útil, ordenada y dependiente: éstas son las características del trabajo de Jesús, que todo sacerdote debe hacer suyas¹⁰. *«Yo digo francamente que el estudio del confesionario y del púlpito; una ciencia suficiente para los casos que ocurren, la manera de saber recibir a un alma, orientarla, cultivarla; un modo útil de predicar, adecuado para satisfacer a la audiencia y para decirle todo lo que se debe decir sin ofenderla, sin aburrirla; allanar el camino para hacer lo que se le dice, saberla animar con motivos sólidos, agradables, claros, y tantas otras cosas y recursos, que son los que sirven para hacer útil nuestro ministerio: yo digo que todo esto no es cuestión de un momento, no se aprende en un día, se requiere mucho estudio, consideración, experiencia, oración, y no de un día y por una vez, sino diaria y continuamente ... Los hombres de suma calidad no nacen, sino que se hacen. Y no se hacen vagando por aquí y por allá, o marchitándose en el ocio o en una pereza doméstica: sino que se hacen con asidua fatiga en el estudio, en la meditación, en la oración»*¹¹.

Contemplado Jesús en su ministerio público, se nos ofrece como modelo de virtudes pastorales. Como él, el sacerdote debe adquirir una serie de virtudes específicas para desarrollar con eficacia su ministerio pastoral: el espíritu de oración, el espíritu de dulzura y de caridad, el espíritu de desinterés entero y verdadero, de manera que *«en todas sus acciones, no tenga otra mira que el honor y la gloria de Dios y la salvación de las almas»*¹².

Se acentúa especialmente la constante unión de Jesús con el Padre. A ejemplo suyo, el pastor debe reservarse tiempos frecuentes y fijos de oración a fin de adquirir el espíritu de oración: *«He aquí, en este pequeño cuadro, un sacerdote de oración. Él, si tiene algún retazo de tiempo, goza de él, y lo consagra a la oración; y, cuando no lo tiene, encuentra el modo de mantener viva su relación con Dios por medio de aspiraciones, de miradas, de impulsos amorosos; no espera que otros le enseñen y le estimulen: él sabe hacerlo por sí solo con facilidad, con destreza, en el trabajo, cuando camina, incluso también conversando y riendo. De aquí, esa rectitud de intención, esa franqueza en el bien que no teme ni obstáculos ni burlas, esa manera de obrar que edifica y encanta, esa candidez, esa plácida presencia de semblante y de trato que atrae y seduce; esa unción, finalmente, en sus palabras, en el predicar, en el confesar. Por ello, la gente..., con todo experimentará un cierto efecto, una sensación tal, que su corazón quedará tocado y conmovido»*¹³.

Otra virtud necesaria en el ministerio, a ejemplo de la vida pública de Jesús, es la dulzura, expresión de caridad misericordiosa y tierna: *«El Divino Redentor se convirtió en un modelo el*

⁸ OC III, pp. 223-224.

⁹ OC III, p. 228.

¹⁰ OC III, pp. 231-235.

¹¹ OC III, p. 233.

¹² OC III, p. 242.

¹³ OC III, pp. 245-246.

más perfecto... Fue dulce siempre, dondequiera y con todos, sin reserva...; dulce no ya sólo en ciertos días o períodos de tiempo, sino habitualmente; dulce en todo, en el trato, en su manera de hablar, y hasta en la mirada; de modo que quienquiera que lo tuviera que tratar, o sólo con verlo, quedaba extasiado y enamorado, tanta era la calma y la placidez de su presencia. He aquí la dulzura que ha de imitar el sacerdote »¹⁴.

Pero, - en las contemplaciones de D. Cafasso -, el Jesús enclavado en la cruz es la lección más sublime e importante para quien es llamado a continuar su misión. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23,46). He aquí el punto a que debe llegar el sacerdote, que ha estado en la escuela de este divino Maestro. Él debe estar dispuesto a hacer cualquier sacrificio por Dios, sacrificar bienes y parientes y amigos, libertad y comodidades. No basta: cuando Dios lo quiera, debe estar resignado también a morir: en aquel tiempo, de aquella manera, en aquel lugar, en todas aquellas circunstancias que Él quiera... Tomemos entre las manos este Crucifijo, y digámosle: Señor, nos queda todavía un punto sobre el que entendernos nosotros dos, y es este mísero resto de vida que todavía me queda. Vos sois su único dueño, pendas Vos en él, yo lo deposito en vuestras manos y no pienso más en ello; no pensaré más ni en vivir ni en morir, sino sólo en trabajar, como exige mi deber, en contentaros en todo, en cumplir siempre vuestra voluntad... Señor, diré, Vos lo sabéis, quiero morir con Vos, quiero morir como Vos, quiero morir junto a Vos»¹⁵.

Este impulso de puro amor de Dios constituye el corazón de la espiritualidad sacerdotal de D. Cafasso. Es un amor de carácter unitivo, que se expresa en el pensar frecuentemente en Dios y en el deseo de conformarse plenamente con la voluntad divina, deseando que no haya diferencia alguna entre su voluntad y la nuestra. «Así debe decirse del sacerdote que ama. Firmemente unido de corazón a su Dios, él no debe formar con Él sino un solo pensamiento, un solo sentimiento, una sola y una misma voluntad»¹⁶.

El sacerdote que vive con tal intensidad de amor no siente la fatiga del ministerio, trabaja con fecundidad, vive sereno preocupado por hacerlo todo únicamente por el servicio y la gloria de Dios: «Ciertamente, hermanos míos, el vacío de nosotros sacerdotes está más en el corazón que en las manos; y quiero decir que, con excepción de pocos, generalmente los sacerdotes trabajan. Pero: ¿qué valen esas obras externas, aparentes, superficiales, cuando ahí falta la substancia, el meollo; falta el fin recto y esa pura intención de agradar a Dios, y de buscar únicamente su gloria? Se trabaja, sí, y muchos sacerdotes lo hacen; pero se trabaja por lucro y por interés temporal, se trabaja por ambición y por un poco de gloria humana; se trabaja por genio e inclinación natural; se trabaja por genio e inclinación natural; se trabaja finalmente por costumbre y hábito. He aquí de ordinario las causas motrices en tantos sacerdotes, incluso ocupados mañana y tarde en obras más o menos directas del ministerio...

Por el contrario, considerad a otro sacerdote incluso más cargado de trabajos, de molestias, pero dotado de otro espíritu, que en sus acciones busque sólo la voluntad del Señor, su honor, su gloria. Vosotros veréis inmediatamente otro brío, otra alma, otros modos, maneras bien diversas. Observad con qué jovialidad, con qué alegría incluso externa se comporta en medio de las actividades más comunes, más repugnantes y fastidiosas. ¿Qué decir, además, si se pudiera penetrar en ese corazón? Cualquiera sea la acción de este sacerdote, tiene siempre en sí mismo consolación de paraíso. Además, esta pureza de intención es la que nos sirve como gran medio y como fuerte estímulo para hacer bien nuestras obras, y para hacerlas útiles y fructuosas para nuestro prójimo»¹⁷.

Un amor de Dios tan intenso inflama el corazón del sacerdote de un celo incontenible que polariza toda su existencia. En la conclusión de sus Ejercicios Espirituales, D. Cafasso exhorta a los discípulos a abrazar un estilo de vida ardiente y batallador, animado por la única pasión de

¹⁴ OC III, p. 49.

¹⁵ OC III, pp. 290-291.

¹⁶ OC III, p. 319.

¹⁷ OC IV, 314. 317. 318.

hacerse instrumentos aptos para la salvación de las almas y la difusión del Reino de Dios: «*Almas y pecados, he aquí toda el cierre, todo el final de lo dicho... ¡Dame almas, oh Señor, digamos con ese apóstol de la caridad S. Francisco de Sales, dame almas que salvar! Dame pecados que combatir, que exterminar. Dejemos a quien lo quiera las locuras y las necesidades de este mundo, y nosotros apliquémonos a preparar gente para el paraíso, y a evitar pecados en la tierra*»¹⁸.

Para nosotros, salesianos, estas expresiones evocan un lenguaje y cuadros mentales familiares: sentimos representada la matriz de aquella total y absoluta tensión espiritual y apostólica que ha caracterizado y que tendría también hoy que definir el tipo pastoral que nos ha confiado Don Bosco junto con su carisma específico.

3. «Su ardiente caridad le inspiraba un coraje heroico»

En qué medida Don Bosco haya recibido la novedad y la potencia pastoral de tal modelo sacerdotal y cómo conscientemente haya hecho de él su punto de referencia, es posible comprenderlo leyendo el valioso retrato de Don Cafasso que él presentó públicamente en los dos discursos fúnebres dirigidos a los muchachos de Valdocco en la misa de séptima, y a los sacerdotes turineses reunidos en la iglesia de S. Francisco de Asís para la misa de trigésima¹⁹.

En el primer discurso (el 10 de julio de 1860), Don Bosco describía la *vida sacerdotal pública* activísima e incansable de su Maestro, su “caridad industriosa”, “irresistible”, señalando su fuente: «*Su ardiente caridad le inspiraba valor heroico*»²⁰. Y señalaba su empeño ascético como uno de los secretos de tanta fecundidad pastoral²¹.

En el segundo discurso (el 30 de agosto de 1860), Don Bosco presenta a Don Cafasso como «*modelo de vida sacerdotal*»²², animado por una purísima ardiente caridad²³, desde los primeros instantes de su ministerio: «*El corazón de D. Cafasso era como un horno lleno de fuego de amor divino, de fe viva, de firme esperanza y de inflamada caridad. Por eso, una palabra suya, una mirada, una sonrisa, un gesto, su sola presencia bastaban para calmar la melancolía, hacer cesar las tentaciones y producir en el ánimo santas resoluciones*»²⁴. Se descubre una impresionante analogía entre estas afirmaciones y los testimonios de cuantos conocieron a nuestro Fundador.

Esta pasión de purísima caridad se convertía en una actividad pastoral increíblemente variada e incansable. Ante ella, D. Bosco queda impresionado y fascinado: «*Parece que D. Cafasso esté siempre dedicado a predicar en los pueblos, y D. Cafasso está continuamente ocupado en las conferencias, en la predicación y en la instrucción del clero. Parece que toda su vida esté empleada en catequizar a muchachos, visitar a encarcelados, instruirlos, confesarlos; y entretanto él está continuamente en su habitación dando audiencias o meditando, o predica y confiesa. Si se considera el gran número de escritos que nos dejó, se creería que su vida haya estado empleada en el escritorio; esto no obstante, yo lo veo siempre en disposición de dar consejos, de atender y desempeñar sus más pequeñas tareas domésticas.*

D. Cafasso atiende incansable al estudio de la historia sagrada, de la historia eclesiástica, de los santos Padres, de la teología moral, dogmática, ascética, mística, de la predicación; prepara casos para el concurso de las parroquias, hace exámenes de confesión, y cuando yo voy a una iglesia, lo veo o arrodillado rezando ante el altar de María, o postrado en adoración ante el Santísimo Sacramento; o bien asiste en el confesionario rodeado por una larga fila de fieles

¹⁸ OC IV, 320-321.

¹⁹ *Funerale celebrato nell'Oratorio di San Francesco di Sales in memoria del Sac. Caffasso Giuseppe*, en G. Bosco, *Biografia del sacerdote Giuseppe Caffasso esposta in due ragionamenti funebri*, Paravia, Torino 1860, p. 20.

²⁰ *Ibid*, pp. 18-25.

²¹ *Ibid*, pp. 29-34.

²² *Ibid*, p. 56.

²³ *Ibid*, p. 67.

²⁴ *Ibid*, p. 88.

ansiosos de exponer las angustias de su conciencia y recibir de él las normas del bien vivir. No basta, señores, escuchad aún. Id al Santuario de la Consolata, veréis a D. Cafasso en ejercicio de devoción. Visitad iglesias donde hay las cuarenta horas, también allí, postrado, desahoga sus dulces afectos con su amado Jesús. Mientras él realiza tan amplias y múltiples tareas, de las que cada una podría ocupar la vida de un hombre, he aquí que se le añaden otras. D. Cafasso es ángel de paz que lleva concordia a esta familia, que va a remediar la miseria de aquella otra.

¿Allá, en aquella buhardilla, hay alguien que languidece y gime?: D. Cafasso va a consolarlo. ¿En el palacio de aquel rico, hay un enfermo que padece? D. Cafasso va a confesarle y le conforta. ¿Hay moribundos agonizantes? D. Cafasso está a su lado, junto al lecho, para encomendar su alma al Señor. ¿Estará en el hospital alguno de sus penitentes? Él no la abandona, lo asiste con maravillosa puntualidad. ¿Hay por ahí un pecador obstinado que rehúsa los sacramentos? D. Cafasso habla, y, a su palabra, todo corazón se rinde, toda fiereza se doblega y dulcifica, de manera que todos piensan en ajustar las cosas de la propia alma...

Pero..., Señores: ¿hablo de uno solo o de varios ministros de Jesucristo? Yo hablo, oyentes míos, de un hombre solo; pero de un hombre que tiene el espíritu del Señor, hablo de aquel héroe que, con celo maravilloso, hace ver cuánto puede la caridad de un sacerdote ayudado por la divina gracia. Este sacerdote puede decirse que es omnipotente en cierta manera, según las expresiones de S. Pablo: Omnia possum in eo qui me confortat, Yo lo puedo todo con la ayuda del Señor (Fil. 4,13)»²⁵.

Los secretos de esta multiforme actividad apostólica son, para Don Bosco, cinco:

«El primer secreto fue su constante tranquilidad. A él le era familiar el dicho de S. Teresa: nada te turbe. Por esto, con aire siempre sonriente, siempre cortés, con la dulzura propia de las almas santas, afrontaba con energía cualquier asunto, aunque se prolongara en el tiempo, aunque fuera difícil y estuviera sembrado de espinosas dificultades...

El segundo secreto es la abundante práctica en los asuntos, unida a una gran confianza en Dios. Las dudas, las dificultades, las cuestiones más complicadas desaparecían ante él. Planteada una cuestión, la comprendía por su simple enunciado; luego, elevado un instante su corazón a Dios, respondía con tal prontitud y precisión que una prolongada reflexión no habría logrado pronunciar un mejor juicio.

El tercer secreto para hacer muchas cosas era la exacta y constante ocupación del tiempo... Concluido un asunto, inmediatamente emprendía otro. Cuántas veces se le vio quedarse cinco o seis horas en el confesionario, e irse después a la habitación, donde pronto empezaba la audiencia acostumbrada que duraba varias horas. Cuántas veces también llegaba rendido de fuerzas, de predicar y de confesar en las cárceles; e, invitado a descansar un momento, él respondía: la conferencia me sirve de descanso. Luego, con rostro sonriente, iba a cumplir con esta o aquella incumbencia. Él nunca buscaba entretenimientos para alivio de su espíritu; no se entretenía con chistes o palabras inútiles: su único solaz era el cambio de ocupación...

El cuarto secreto es su templanza, que mejor llamaríamos su rígida penitencia. Desde joven, fue tan sobrio en comer y beber que, después de comer, estaba ya en grado de emprender cualquier ocupación científica o literaria. Más tarde, abandonó la costumbre de la pequeña colación de la mañana, después dejó la cena, y así redujo su alimentación a una sola comida. ... y esta comida consiste en pan, sopa y un poco de cocido, al que no pocas veces renuncia, quedándose así 24 horas con un trozo de pan y con algo de sopa. Y así, cada día, cada semana, cada mes, y el año entero, para D. Cafasso, eran un rígido, un espantoso ayuno; pero él, a excepción del momento de la comida, el resto del tiempo podía emplearlo en cosas útiles para el bien de las almas.

²⁵ *Ibid*, pp. 88-91.

Finalmente, D. Cafasso ganó tiempo con la moderación del reposo. El único alivio que concedía durante el día a su débil cuerpo eran tres cuartos de hora después de comer; entonces, encerrado en su habitación, la mayor parte de las veces meditaba, o se entretenía en alguna práctica especial de piedad. Además, por la noche, siempre era el último en acostarse, y por la mañana siempre era el primero en levantarse. La duración del descanso nocturno nunca pasaba de las cinco horas, con frecuencia eran cuatro, y a veces sólo tres ... A veces se le dijo que tuviera cuidado con su salud y que descansara alguna hora más, pero él siempre respondía: nuestro descanso será en el Paraíso. ¡Oh Paraíso, Paraíso, quien piensa en ti no sentirá nunca el cansancio! ...

Con estos cinco secretos - concluye Don Bosco - D. Cafasso encontraba modo de hacer muchas y variadas cosas en breve tiempo, y de elevar así la caridad al más sublime grado de perfección: Plenitudo legis dilectio (Rm 13,10)»²⁶.

Habiendo crecido dócilmente bajo la guía de tal maestro, nuestro Fundador asimiló su espíritu, revitalizándolo en la perspectiva de su carisma específico. A nosotros se nos vuelve a proponer, para una contemplación de verificación saludable y de conversión.

Las llamadas de la Iglesia para una conciencia renovada y una pastoral en orden a las urgencias de la nueva evangelización en este tiempo nos imponen sin dilación un retorno a las raíces carismáticas y espirituales del modelo pastoral que nos ha sido confiado por estos nuestros Maestros, y nos ponen frente a nuestras responsabilidades.

²⁶ *Ibid*, pp. 91-95.